

Juan Crisóstomo

SOBRE EL MATRIMONIO

Homilía I

LA UNIÓN CONYUGAL

1. Un sabio, después de enumerar muchas beatitudes, dejó puesto esto también en la categoría de beatitud: *Y marido y mujer —dice— bien avenidos*². En otro lugar pone nuevamente entre las beatitudes el hecho de que la mujer viva en concordia con su marido.

Desde el principio Dios se muestra muy cuidadoso con esta unión y, hablando de ambos como de uno solo, decía así: *Macho y hembra los creó*³. Y de nuevo: *No hay hombre ni mujer*⁴.

No se da una intimidad tan grande entre dos hombres como entre hombre y mujer en caso de que uno esté unido como es debido. Por eso, cierto hombre santo, dando muestras de un amor extraor-

dinario y llorando a uno de sus amigos y compañeros del alma, no dice «padre», «madre», «hijo», «hermano», «amigo», sino ¿qué?: *Cayó sobre mí tu amor como el amor a las mujeres*⁵.

De verdad, de verdad, este amor es más tiránico que cualquier tiranía. En efecto, las otras son vehementes, pero esta pasión tiene no sólo vehemencia sino también inmortalidad. Hay en la naturaleza una especie de sentimiento amoroso que se oculta y, sin que nosotros lo advirtamos, enlaza estos cuerpos. Por eso, desde el principio viene la mujer del hombre y, después, del hombre y de la mujer otro hombre y otra mujer.

¿Ves la unión y el enlace, y cómo Dios no permitió que se introdujera otro ser de fuera? Y mira cuántas medidas dispuso. Consintió que se tomara como esposa a la propia hermana; más aún, no ya a la hermana, sino a la hija; aún más, no a la hija, sino lo que es más que la hija, su propia carne⁶.

Todo lo hizo al principio, como en el caso de las piedras⁷, reuniéndoles en uno solo. Y no la formó a ella a partir de algo externo para que no se tornase ajena, ni tampoco hizo que se quedara en ella el ma-

trimonio para que, concentrándose y encerrándose en sí mismo, no se apartara de lo demás.

Y, como pasa con las plantas, que las mejores son precisamente aquellas que tienen una única cepa y se extienden en muchas ramas como si girara todo al azar solamente en torno a la raíz y si tuviera muchas raíces el árbol ya no sería digno de admiración, pues así también entonces, que de un solo Adán hizo Dios que arraigara todo el género humano, al que puso en la extrema necesidad de no desgarrarse ni apartarse de él.

Restringiendo más, hizo que ya no se convirtieran en esposas las hermanas y las hijas a fin de que no redujéramos de nuevo el amor a un único objeto y, de forma inconveniente, nos apartáramos de nosotros mismos. Por eso decía: *El creador, desde el comienzo, los hizo varón y hembra*⁸.

De aquí nacen grandes males y grandes bienes para las familias y para las ciudades. Y es que nada consolida de tal manera nuestra vida como el amor de un hombre y una mujer. Por esto muchos toman las armas, por esto entregan incluso su vida.

Ni sin motivo ni por casualidad se hubiera tomado Pablo gran interés en este asunto diciendo: *Mujeres, sed sumisas a vuestros maridos como al Señor*⁹. ¿Por qué? Porque si ellos viven en concordia, sus hijos se crían bien, sus servidores son disciplinados, sus vecinos gozan de este perfume y tam-

bién sus amigos y parientes; pero si ocurre lo contrario, todo termina patas arriba y revuelto.

Igual que cuando reina la paz entre los generales, que todo está en orden y si se alborotan de nuevo todo se pone cabeza abajo, así también ahora. Por eso dice: *Mujeres, sed sumisas a vuestros maridos como al Señor.*

¡Oh! ¿Cómo, entonces, dices en otra parte: «Si uno no deja a su mujer y a su marido, no puede seguirme»¹⁰? Porque si hay que someterse como al Señor, ¿cómo dice que hay que apartarse a causa del Señor? Y bien que hay que hacerlo, sólo que el cómo no significa, en cualquier caso y circunstancia, igualdad. O mejor, esto dice Pablo: «Sabiendo que servís al Señor», que es a lo que se refiere en otra parte cuando dice que, si no por el marido, al menos se haga, en primer lugar, por el Señor; o lo que es lo mismo: «Cuando cedas ante tu marido, piensa que obedeces como si sirvieras al Señor». Porque, si *quien se opone a la autoridad, se rebela contra el orden divino*¹¹, mucho más la que no se somete a su marido. Así lo quiso Dios desde el principio, dice.

Partamos de la base, entonces, de que el hombre ocupa el lugar de la cabeza y la mujer el lugar del cuerpo. A continuación, Pablo lo demuestra dando razones: ²³*El marido es cabeza de la mujer—dice—como Cristo es Cabeza de la Iglesia, el salvador del*

Cuerpo. ²⁴Así como la Iglesia está sumisa a Cristo, así también las mujeres deben estarlo a sus maridos en todo. Después de decir: el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es Cabeza de la Iglesia, añade: el salvador del Cuerpo. Y es que la cabeza es la salvación del cuerpo.

Pablo acaba de poner al hombre y a la mujer el fundamento del amor y el cuidado, asignando a cada uno el lugar que le corresponde: a éste el de la autoridad y la vigilancia, a aquélla el de la obediencia.

LA UNIÓN DE CRISTO Y LA IGLESIA, MODELO DE LA UNIÓN DE LOS ESPOSOS

Amor desinteresado y búsqueda de belleza interior

2. Por tanto, ²⁴*así como la Iglesia –esto es los hombres y las mujeres– está sumisa a Cristo, así también las mujeres deben estarlo a sus maridos como a Dios. ²⁵Maridos, amad a vuestras esposas como Cristo amó a la Iglesia. Acabas de oír el colmo de la sumisión.*

Has alabado y admirado a Pablo por consolidar nuestra vida, por ser un hombre admirable y espiritual. Bien hecho. Pero oye lo que también te pide. De nuevo se sirve del mismo ejemplo: ²⁵*Maridos –dice–, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia. ¿Has visto la medida de la obediencia? Escucha también la medida del amor.*

¿Quieres que tu mujer te obedezca como a Cristo la Iglesia? Cuida tú también de ella como Cristo de la Iglesia. Aunque haya que dar la vida por ella, aunque haya que dejarse golpear miles de veces, cualquier cosa que haya que aguantar y padecer, no rehusarás. Incluso si llegas a pasar estos sufrimientos, todavía no has sufrido nada comparable a lo que pasó Cristo.

Porque tú haces esto cuando ya te has unido a ella, pero Aquél lo hace por una que lo rechaza y lo odia. Por tanto, igual que Él a la que lo rechaza, odia y desprecia envanecida la puso a sus pies a fuerza de solicitud, no de amenazas ni de malos tratos ni de miedo ni de alguna otra cosa por el estilo, así has de portarte también tú con tu mujer. Aunque la veas arrogante, vanidosa, despreciativa, podrás ponerla a tus pies cuidándola mucho, con amor, con cariño.

En efecto, nada es más tiránico que estos vínculos, especialmente para un hombre y una mujer. A un criado uno podrá sujetarlo por medio del miedo, o más bien ni a él siquiera, porque rápidamente se soltará y se marchará; sin embargo, a la compañera de tu vida, a la madre de tus hijos, a la que es fundamento de toda felicidad no hay que sujetarla con miedo y amenazas, sino con amor y afecto.

¿Qué clase de matrimonio es ése cuando la mujer tiembla de miedo ante su marido? ¿Qué tipo de placer experimenta el propio marido viviendo con su esposa como con una esclava y no como con una mujer libre?

Y si padeces algún sufrimiento por su causa, no se lo reprocharás, porque tampoco lo hizo Cristo:

Y se entregó a sí mismo por ella —dice— ²⁶*para santificarla purificándola*. Era impura, tenía mancha, era fea, vulgar. Sea como sea la mujer que tomes, no tomarás una esposa semejante a la de Cristo, a la Iglesia, ni que se aparte tanto de ti como la Iglesia de Cristo. Sin embargo, no la abominó ni la odió por la desmesura de su fealdad.

¿Quieres oír hablar de su fealdad? Escucha a Pablo cuando dice: *Porque en otro tiempo fuisteis tinieblas* ¹². ¿Ves su negrura? ¿Qué hay más negro que las tinieblas? Pero mira también su osadía: *Viviendo* —dice— *en malicia y envidia* ¹³. Mira, además, su impureza: *desobedientes, insensatos* ¹⁴. ¿Qué digo? Era estúpida y blasfema. No obstante, aun siendo así, se entregó a sí mismo por una fea como si lo hiciera por una hermosa, como por una amable, como por una excelente. Admirándose de esto, Pablo decía: *En verdad, apenas habrá quien muera por un justo* ¹⁵; y de nuevo: *Si siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros* ¹⁶.

Además, después de tomar tal esposa, la vuelve hermosa y la limpia, y esto tampoco rehusa hacerlo. ²⁶*Para santificarla* —dice— *purificándola mediante el baño del agua, en virtud de la palabra,* ²⁷*y preséntársela resplandeciente a sí mismo; sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea*

santa e inmaculada. Por medio del baño lava su impureza. *En virtud de la palabra*, dice. ¿Cuál? En virtud de la palabra del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo ¹⁷.

Y no la adornó simplemente, sino que la volvió resplandeciente, *sin mancha ni arruga ni cosa parecida*. Así pues, tratemos de conseguir también nosotros esta belleza y podremos convertirnos en sus artífices.

No pidas a tu mujer lo que no tiene. Ves que todo lo que poseía la Iglesia le venía del Señor. Por Él se volvió resplandeciente, por Él inmaculada. No rechaces a tu mujer a causa de su fealdad. Escucha las palabras de la Escritura: *Pequeña entre los que vuelan es la abeja, mas lo que ella elabora es lo más dulce* ¹⁸. Es una criatura de Dios. No es a ella a la que ultrajas, sino a quien la hizo. ¿Qué puede afectarle a la mujer?

No la alabes a causa de su hermosura. Es propio de almas intemperantes tanto la alabanza como el odio al que me acabo de referir como el amor mismo. Busca la belleza del alma; imita al Esposo de la Iglesia.

La belleza física está llena de arrogancia y presunción; también arroja en brazos de los celos y, a menudo, te hace abrigar sospechas absurdas. Pero

¿encierra placer? Hasta pasado el primer mes o el segundo o, a lo sumo, un año, el resto del tiempo ya no, sino que la costumbre apaga la admiración. Permanecen, sin embargo, los males que son consecuencia de la belleza: el orgullo, la presunción y la arrogancia. En el caso de la que no es de tal manera no se da nada semejante. Pero el amor que empieza de forma conveniente permanece con fuerza porque nace de la belleza del alma y no del cuerpo.

3. ¿Qué hay mejor que el cielo, dime, qué mejor que las estrellas? Digas lo que digas del cuerpo, no es tan reluciente; digas lo que digas de los ojos, no son tan luminosos. Cuando aquéllos surgieron, hasta los ángeles se admiraron; también ahora nosotros nos admiramos, pero no de la misma manera que al principio. En efecto, es tal la costumbre que ya no nos impacta igual. ¡Cuánto más en el caso de la mujer! Si sobreviene una enfermedad, inmediatamente echa todo a volar.

En la mujer busquemos bondad, modestia, medida. Éstos son signos de belleza. No busquemos, sin embargo, la belleza del cuerpo ni le hagamos reproches por cosas que no están en su poder; más bien, ni le hagamos reproche alguno (pues es de osados) ni sintamos disgusto ni nos irriteamos.

¿Es que no véis cuántos que vivieron con bellas mujeres echaron su vida por tierra de forma lamentable y cuántos con mujeres no muy hermosas llegaron, en medio de una gran dicha, a la extrema vejez?

Limpiemos la suciedad interior, arranquemos las imperfecciones de dentro, hagamos desaparecer las

manchas del alma. Tal es la belleza que Dios desea. Para Dios, no para nosotros, hemos de hacerla hermosa.

No busquemos las riquezas ni la nobleza exterior, sino la nobleza del alma. Que nadie espere enriquecerse a costa de una mujer, porque es ésta una riqueza vergonzosa y censurable. Que nadie busque en modo alguno sacar dinero de aquí. *Los que quieren enriquecerse —dice— caen en la tentación, en el lazo y en muchas codicias insensatas y perniciosas que hunden a los hombres en la ruina y la perdición*¹⁹. No busques, por tanto, surtirte de riquezas a costa de tu mujer y todo lo demás lo encontrarás fácilmente²⁰.

¿Quién, dime, dejando de lado los asuntos de primer orden, pasará a ocuparse de los menos importantes? Pero, ¡ay!, es eso lo que siempre nos ocurre. Si tenemos un hijo, no ponemos nuestro empeño en que se haga un hombre bueno, sino en buscarle una esposa rica; no en que tenga buenos principios, sino buenos recursos. Y si pensamos en una ocupación, no lo hacemos con la idea de que esté apartada del pecado, sino de que nos reporte

una ganancia sustanciosa²¹. Y todo acaba siendo dinero. Por eso todo está corrompido, porque nos domina aquella pasión.

El misterio del matrimonio

²⁸Así —dice— *deben amar los maridos a sus mujeres, como sus propios cuerpos*. ¿Qué significa esto? Ha pasado a una imagen, diríamos, más amplia y a un ejemplo de mayor fuerza. No es solamente eso, sino, además, un argumento como más cercano y más evidente.

En efecto, el primero no era infalible. Para que nadie diga: «Aquél era Cristo, era Dios, y se entregó a sí mismo», en adelante lo plantea desde otro punto de vista diciendo: «*así deben*». Porque no es el asunto una muestra de benevolencia, sino un deber.

Después de decir: *Como sus propios cuerpos*, prosigue: ²⁹*Porque nadie aborreció jamás su propia carne; antes bien, la alimenta y la cuida*. Esto es, se ocupa de ella con gran solicitud. ¿Y cómo se entiende que es su carne? Escucha: *Esta vez sí que es hueso de mis huesos —dice— y carne de mi carne*²². Y no sólo esto, sino también: *Se harán una sola carne*²³.

*Como Cristo a su Iglesia*²⁴. Ha vuelto a su primer ejemplo. ³⁰*Pues somos miembros de su Cuerpo*,

*de su carne y de sus huesos*²⁵. ¿Cómo es esto? Porque Cristo está hecho de nuestra materia como también la carne de Eva de la carne de Adán.

Con razón se ha acordado de los huesos y la carne. Efectivamente, éstos, la carne y los huesos, son las partes más importantes en nosotros. Los unos sirven de base como la quilla de un barco, la otra es como el resto de la construcción.

Pero aquello, el caso de Adán y Eva, está claro. ¿Y esto, lo de Cristo y la Iglesia, cómo puede estarlo? Igual que allí la proximidad es tan grande, así, dice Pablo, también en este caso.

¿Qué quiere decir «*de su carne*»? Esto: que venimos auténticamente de Él. ¿Y cómo somos así miembros de Cristo? Porque estamos hechos conforme a Él. ¿Y cómo somos de su carne? Lo sabéis cuantos participáis de los misterios²⁶. En efecto, a partir de Él fuimos inmediatamente remodelados²⁷. ¿De qué manera? Escucha nuevamente al santo cuando dice: *Por tanto, así como los hijos participan*

*de la sangre y de la carne, así también participó él de las mismas*²⁸.

Pero, en este caso, Él ha tomado parte en nosotros, no nosotros en Él. ¿Cómo somos, entonces, de su carne y de sus huesos? Algunos hablan de la sangre y el agua, pero no es así²⁹. Lo que Pablo quiere mostrar es esto: igual que, sin relación conyugal, Aquél ha surgido del Espíritu Santo, así también nosotros somos engendrados en el bautismo³⁰.

Mira cuántos indicios para que se crea en aquella génesis. ¡Oh, estupidez de los heréticos!³¹. Lo que ya ha sido engendrado a partir del agua, reconocen que nace como una verdadera generación;

sin embargo, que somos su cuerpo, no lo aceptan. Por tanto, si no lo somos, ¿cómo se ajustarán las palabras de Pablo cuando dice *de su carne y de sus huesos*?

Observa: fue creado Adán, fue engendrado Cristo; de la costilla de Adán vino la corrupción, del costado de Cristo entró la vida; en el paraíso germinó la muerte, en la cruz tuvo lugar su destrucción.

4. Por tanto, igual que el Hijo de Dios participa de nuestra naturaleza, así nosotros de su substancia; e igual que aquél nos lleva en sí mismo, así también nosotros lo llevamos en nosotros.

³¹*Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne*³². Mira, además, un tercer argumento. En efecto, Pablo muestra que uno deja a sus procreadores, a aquellos de quienes nació, para unirse a ella. De ahora en adelante, el padre, la madre y el hijo son una carne producto de la mezcla de la substancia de cada uno de ellos. Y es que después de mezclarse las simientes nace el hijo, de suerte que los tres son una sola carne³³.

Es así, por tanto, que nosotros nos hacemos una sola carne con Cristo por participación. Y con mucha mayor razón nosotros que el niño pequeño. ¿Por qué? Porque así ha sido desde el principio.

No me digas que ella es tal y es cual. ¿No ves que en la carne tenemos muchas desventajas? Uno

está cojo, otro tiene los pies torcidos, un tercero las manos secas y el de más allá algún otro miembro inútil. Y sin embargo no se aflige ni se lo amputa, sino que incluso lo prefiere muchas veces a otro. Con razón, porque es suyo.

Así pues, por mucho amor que cada uno se tenga a sí mismo, igual de grande quiere Pablo que lo tengamos por la esposa. No porque participemos de una única naturaleza, sino porque este argumento a favor de la mujer tiene más peso para nosotros dado que ya no son dos cuerpos, sino uno solo, siendo el uno cabeza y la otra cuerpo.

¿Y cómo es que dice en otra parte: *la cabeza de Cristo es Dios*³⁴? Esto también lo digo yo, que igual que nosotros somos un solo cuerpo, así también Cristo y el Padre son uno solo. Resulta, entonces, que el Padre es nuestra cabeza.

Pablo pone dos ejemplos, el del cuerpo y el de Cristo. Por eso añade: *32Gran misterio es éste, lo digo respecto a Cristo y la Iglesia*. ¿Qué quiere decir esto? Lo llama gran misterio porque también hizo alusión a algo grande y admirable el bienaventurado Moisés, o más bien Dios³⁵. Pero luego dice: *Lo digo respecto a Cristo* porque también Él, después de dejar al Padre, descendió, fue donde su esposa y formó un solo espíritu: *El que se une al Señor forma un solo espíritu con Él*³⁶. Y dijo bien: *Gran*

misterio es éste, como si dijera: pero la metáfora no destruye el amor.

³³En todo caso, en cuanto a vosotros, que cada uno ame a su mujer como a sí mismo; y la mujer, que respete al marido. De verdad, de verdad que es un misterio, un gran misterio, además, el que uno abandone al que lo hizo nacer, al que lo engendró, al que lo crió, a la que lo parió con dolor y sufrimiento, a quienes tanto lo beneficiaron, a quienes llegaron a hacerse habituales, para unirse a una que ni había visto antes ni tiene nada en común con él, anteponiéndola, además, a todos.

Es, realmente, un misterio. Y los padres no se afligen cuando ocurren estas cosas, sino más bien cuando no ocurren, y gozan cuando se consumen riquezas y se hace gasto.

Realmente es un gran misterio que encierra alguna sabiduría arcana ³⁷. Esto lo revelaba Moisés desde el principio en sus profecías ³⁸, y también ahora lo proclama Pablo diciendo: *Respecto a Cristo y la Iglesia*. Pero no queda dicho sólo por Él, sino también por la esposa, para que el marido la cuide como a su propia carne igual que Cristo a la Iglesia.

AMOR DEL MARIDO Y TEMOR DE LA ESPOSA

*Y la mujer, que respete al marido*³⁹. Ya no determina solamente lo que se refiere al amor, sino ¿qué?: *que respete al marido*.

La mujer es una segunda autoridad. Así pues, que ni ella reclame igualdad, porque está por debajo de la cabeza, ni aquél la desprecie como subordinada, porque es cuerpo y si la cabeza desprecia al cuerpo, también ella perecerá. Pero que introduzca el amor como contrapeso de la obediencia.

Como la cabeza, también el cuerpo: éste poniendo a su servicio las manos, los pies, todos los miembros restantes; aquélla cuidando de él y teniendo en su haber toda la capacidad de discernimiento. Nada hay mejor que esta unión.

«¿Y cómo puede haber amor, me dicen, si existe temor?». Especialmente entonces puede haberlo. En efecto, la que teme también ama. La que ama teme al marido por ser su cabeza y lo ama como a un miembro, ya que también la cabeza es un miembro del cuerpo. Por eso a ella la subordinó Dios y a él lo puso por encima, para que hubiera paz.

Efectivamente, donde hay igualdad no puede haber nunca paz, ni en una casa regida democráticamente ni donde mandan todos, sino que es forzoso que haya una única autoridad. Esto es válido en todas partes entre hombres materiales porque si son

hombres espirituales, habrá paz. Eran cinco mil almas y nadie llamaba suyo a nada de lo que había, sino que se subordinaban los unos a los otros ⁴⁰. Esto es una muestra de sabiduría y temor de Dios.

Pablo mostró el modo del amor, el del temor ya no.

5. Y mira cómo amplía el tema del amor hablando de Cristo, de la propia carne, de que *por eso dejará el hombre a su padre y a su madre*. Pero el tema del miedo ya no lo amplía. ¿Por qué? Porque prefiere que sea esto lo que prevalezca: el amor. Se da éste, viene de la mano todo lo demás; se da aquél, no hay nada en absoluto.

En efecto, el que ama a su mujer, aunque no tenga una muy dócil, a pesar de eso, soportará todo. Es así que la concordia será algo difícil y penoso cuando no estén unidos por la tiranía del amor. Sin embargo, el temor no enderezará en modo alguno esta situación. Por eso Pablo emplea más tiempo en este asunto, que es decisivo.

Y la mujer, aunque cree que la estafan porque ha recibido la orden de temer, lleva ventaja. Efectivamente, el hombre tiene encomendado lo más importante: amar.

«¿Qué pasa, entonces, si la mujer no teme?», me dices. Tú ama, cumple con lo tuyo. Porque aunque los demás no hagan lo que deben, nosotros sí debe-

mos hacerlo. A esto es a lo que me refiero: *Sed sumisos los unos a los otros* –dice Pablo– *en el temor de Cristo* ⁴¹. «¿Qué pasa, entonces, si el otro no se somete?» Tú obedeces la ley de Dios. Así precisamente también en este caso.

Por tanto, que la mujer tema aunque no sea amada, para que por ella no quede. El marido, si no lo teme la mujer, que la ame, no obstante, para no faltar él en nada. Cada uno recibe lo que le pertenece.

Así pues, es éste un matrimonio conforme a Cristo, un matrimonio espiritual y una generación espiritual, no de sangre ni de dolores de parto. Tal fue también la generación de Isaac; escucha la Escritura cuando dice: *Y a Sara se le había retirado la regla de las mujeres* ⁴². Además, el matrimonio no viene de la pasión de los cuerpos, sino que es todo espiritual, unida el alma a Dios por un vínculo inefable que sólo Él conoce. Por eso dice: *El que se une al Señor, se hace un solo espíritu con Él* ⁴³. ¿Ves cómo Pablo se ocupa de unir la carne con la carne y el espíritu con el espíritu?

¿Dónde están los heréticos? ⁴⁴. Si el matrimonio estuviera entre las cosas equivocadas, Pablo no hubiera utilizado el nombre de esposo y esposa, no

hubiera añadido, exhortando a ello, lo de: *Dejará el hombre a su padre y a su madre*, ni hubiera agregado, a su vez: *Lo digo respecto a Cristo y la Iglesia*. Acerca de ésta dice también el salmista: *Escucha, hija, mira y pon atento oído, olvida tu pueblo y la casa de tu padre, y el rey se preñará de tu belleza*⁴⁵. Por eso también Cristo decía: *Salí del Padre y he venido al mundo*⁴⁶. Pero cuando digo que dejó al Padre, no pienses que es, como en el caso de los hombres, un cambio de lugar. Igual que se dice que salió, no porque saliera, sino haciéndose carne, así también se dice: *Dejó al Padre*.

¿Por qué Pablo no dijo también de la mujer: «Se unirá a su marido»? ¿Por qué? Porque hablaba de amor y le hablaba al hombre. A aquélla, hablándole del miedo, le dice: *El marido es cabeza de la mujer*; y a su vez: *Y Cristo es Cabeza de la Iglesia*. A él le habla de amor y puso en sus manos los asuntos de ésta, y le habló de amor con la intención de estrecharlo y unirlo a ella.

En efecto, el que dejó a su padre a causa de una mujer y, dejando a su vez a ésta, la abandona, ¿merecería algún perdón? ¿No ves cuán grande es el honor del que quiere Dios que la mujer disfrute, dado que, después de apartarte de tu padre, te fijó a ella? «¿Qué pasa, entonces, si nosotros hacemos lo que debemos, me dicen, pero aquélla no obedece?». *Pero si la parte no creyente quiere separarse, que se*

separe ⁴⁷. No están obligados el hermano o la hermana en ese caso.

Pero cuando oigas hablar de temor, que sea un temor apropiado para una mujer libre, no como el de una esclava. Porque es tu cuerpo. En caso de que obres así, cometes un ultraje contra ti mismo deshonrando tu propio cuerpo. ¿Qué tipo de temor es? Que no contradiga, que no se subleve, que no desee los primeros puestos. Basta con que el temor se mantenga en estos límites.

Si amas como se te ordenó, realizarás una obra mayor, o mejor, ya no la harás sirviéndote del miedo, sino que es el amor mismo quien de algún modo actúa.

El sexo femenino es más bien débil, necesita mucha ayuda, mucha condescendencia. ¿Qué dirían los que están unidos en segundas nupcias? No hablo con intención de acusarlos, ¡Dios me libre!, porque también el Apostol lo consintió ⁴⁸. Pero, siendo muy condescendiente: dale todo, haz todo por ella y sufre; no tienes más remedio.

En este caso Pablo no considera oportuno introducir una reflexión sacada de ejemplos de fuera, cosa que hace muchas veces. En efecto, bastaba con el que es un ejemplo grande y poderoso: el de Cristo, y más hablando de sumisión.

Dejará —dice— *a su padre y a su madre*. He aquí lo que toma de fuera. Pero no dijo: «y vivirá con»,

sino *se unirá a*, poniendo de manifiesto la perfecta unión, el amor en toda su intensidad. Y no se contentó con esto, sino que, además, en el curso de su razonamiento hizo una exposición de la obediencia de tal manera que los que eran dos ya no aparecían como dos. No dijo: «un solo espíritu», no dijo: «una sola alma», porque aquello es evidente y puede serlo para cualquiera, sino que dijo así: *Se harán una sola carne.*

EL MARIDO COMO EDUCADOR DE SU ESPOSA

Labor educadora del marido, garantía de unión

6. Ella es una segunda autoridad que goza de poder y mucha igualdad; sin embargo, la parte del hombre es más importante. En esto reside el mayor bienestar de una casa. Él se encargó de aquello que es propio de Cristo, no con la obligación de amar solamente, sino también de educar ⁴⁹.

Que sea —dice— santa e inmaculada ⁵⁰. La expresión «de la carne» se refiere al amor y «se unirá» se

refiere igualmente al amor. Si la haces santa e inmaculada, todo viene detrás. Busca las cosas de Dios y las cosas humanas acompañarán con gran facilidad. Educa a tu mujer, que así se consolida el hogar.

Escucha a Pablo cuando dice: *Si quieren aprender algo, pregúntenlo a sus propios maridos en casa*⁵¹. Si gobernamos así nuestras casas, seremos aptos también para el gobierno de la Iglesia⁵². Y es que la casa es una pequeña Iglesia. De esta manera, maridos y esposas pueden hacerse buenos y exceder a todos.

Piensa en Abraham, en Sara, en Isaac, en sus trescientos dieciocho siervos, cómo estaba unida toda la casa, cómo estaba toda llena de piedad. Aquella cumplía el mandato apostólico y respetaba a su marido. En efecto, óyela cuando dice: *Ahora que estoy pasada, ¿sentiré el placer, y además con mi marido viejo?*⁵³. Y aquél la amaba de tal manera que la obedecía en todo lo que ordenaba. También su hijo era bueno y los criados mismos eran admirables, porque no vacilaron en correr peligro junto a su señor, no dieron largas ni buscaron excusas. Antes bien, uno de ellos, el que estaba al frente, era tan excelente que incluso le confiaron la boda de su único hijo, mandándole de viaje al extranjero⁵⁴.

En efecto, igual que en el caso de un general, que cuando la soldadesca es disciplinada el enemigo

no irrumpe por ningún lado, así también aquí, que cuando marido, mujer, hijos y criados tienen los mismos intereses es grande la concordia en la casa. Porque si no ocurre así, a menudo a causa de un solo siervo malvado todo se pone cabeza abajo y se deshace, y muchas veces fue uno solo el que hizo desaparecer todo y lo echó todo a perder.

Por tanto, tengamos mucho cuidado de las esposas, los hijos y los esclavos, sabiendo que nos facilitaremos el ejercicio de la autoridad y que tendremos una rendición de cuentas suave y equitativa, y diremos: *Aquí estamos yo y los hijos que me ha dado Yahveh*⁵⁵. Si el marido es excelente también es buena la cabeza, entonces el resto del cuerpo no opondrá ninguna resistencia.

El comportamiento de los esposos

Pues bien, lo que se refiere a la esposa y al marido, cómo es la actitud correcta, lo ha dicho Pablo detalladamente exhortando a ésta a temerlo como cabeza y a éste a amarla como esposa:

¿Cómo puede darse esto?, me dirán. Pablo mostró que debe darse; el cómo os lo voy a decir yo: si despreciamos las riquezas, si sólo miramos hacia una cosa, la virtud del alma, si tenemos ante los ojos el temor de Dios. En efecto, lo que decía hablando de la relación con los esclavos: *Conscientes de que*

cada cual será recompensado por el Señor según el bien que hiciere: sea esclavo, sea libre ⁵⁶, vale también aquí.

Por consiguiente, hay que amarla no tanto por ella como por Cristo. A esto se refería Pablo cuando dijo: *Como al Señor*. Por tanto, obedeciendo como si fuera al Señor y haciendo todo por Él, así has de obrar siempre. Esto es suficiente para persuadir y convencer, y para no dejar que se dé ninguna riña ni divergencia de opinión.

Que no sea digno de credibilidad nadie que acuse falsamente al marido delante de su mujer. Pero que ni el hombre dé crédito a la ligera de lo que concierna a su mujer, ni la mujer se dedique a entrometerse irreflexivamente en sus entradas y salidas. Y que tampoco el marido dé lugar a ningún tipo de sospecha. ¿Por qué, dime, te das a tus amigos durante todo el día, a tu mujer por la tarde, y ni así puedes satisfacerla y evitar sus sospechas? ⁵⁷.

Si tu mujer te acusa, no te enfades: es un signo de cariño, no de insolencia. Son acusaciones propias de un amor fervoroso, de un afecto ardiente y del miedo. En efecto, teme que alguien le haya robado el esposo, que alguien haya causado daño en lo más importante de sus bienes, que alguien le haya quitado su cabeza, que alguien haya minado su lecho nupcial.

Hay, además, otro motivo de disensión: que nadie solicite a los criados más allá de la medida, ni el marido a la esclava ni la mujer al criado. Y es que estas cosas bastan para engendrar sospechas.

Piensa en aquellos justos. La propia Sara mandó al patriarca tomar a Agar ⁵⁸; ella lo ordenó, nadie la obligó ni se acercó a la otra su marido, sino que, aunque arrastraba un largo tiempo sin hijos, prefirió no ser padre nunca a causar pena a su esposa. No obstante, cuando pasó todo, ¿qué dijo Sara?: *Juzgue Yahveh entre nosotros dos* ⁵⁹. Si hubiera sido algún otro, ¿no se habría encolerizado? ¿No hubiera extendido las manos, diciendo más o menos: «¿Qué hablas? No quería yo unirme a esa mujer, todo ha sido cosa tuya, ¿y ahora vienes y me acusas?». Pero aquél no dijo nada semejante, sino ¿qué?: *Abí tienes a tu esclava en tus manos. Haz con ella como mejor te parezca* ⁶⁰. Entregó a la que compartía su lecho para no causar pena a Sara. Y en verdad, nada hay más grande que esto en lo que a benevolencia se refiere.

Efectivamente, si el hecho de compartir mesa produce, incluso en los ladrones, un sentimiento de concordia hacia los adversarios (dice el salmista: *Con quien me unía una gran intimidad* ⁶¹), el haberse convertido finalmente en una sola carne (pues esto significa tener un lecho en común) bastará, con mucha más razón, para dejarse arrastrar.

Pero ninguno de estos argumentos fue capaz de seducir al justo, sino que entregó a la mujer demostrando que nada había ocurrido por su culpa. Y lo que es más: la repudió estando encinta. ¿Quién no se hubiera apiadado de una mujer embarazada de su propio hijo? Pero el justo no se plegó a compasión. En efecto, anteponeía a todas estas cosas el amor a su esposa.

Sobre las riquezas

7. Imitémoslo también nosotros. Que nadie eche en cara al prójimo su pobreza, que nadie sienta deseo de riquezas y todo está resuelto.

Que ninguna mujer diga a su marido: «Apocado y cobarde, que estás lleno de pereza, vagancia y somnolencia. Fulano, humilde él y de padres humildes, deseoso de peligros emprendió viajes e hizo una gran fortuna, y su mujer va engalanada con oro y sale en un coche tirado por mulas blancas, circula por todas partes, tiene rebaños de criados y un enjambre de eunucos, mientras que tú estás ahí encogido y vives a la ventura». Que la mujer no diga estas cosas ni otras semejantes. Porque es cuerpo no para dar órdenes a la cabeza, sino para someterse y obedecer.

«¿Cómo soportará, entonces, la pobreza? —me dicen—, ¿dónde encontrará consuelo?». Que escoja junto a sí a otras más pobres; que considere, a su vez, cuántas muchachas nobles y de noble familia no solamente no recibieron nada de sus maridos,

sino que incluso dieron ellas y gastaron todo lo suyo. Que piense en los peligros que ocasionan tales riquezas y le agradará una vida sin afanes.

En suma, si tiene una actitud cariñosa hacia su marido, no dirá nada semejante, sino que preferirá tenerlo cerca, aunque no le dé nada, a mil talentos de oro acompañados de la preocupación y el cuidado que nacen siempre en las mujeres a consecuencia de los viajes.

Pero que tampoco el marido al oír estas cosas, por tener él la autoridad, recurra a los malos tratos y a los golpes, sino que exhorte, amonesté, trate de persuadir con razonamientos considerando que ella es más imperfecta, pero nunca le ponga la mano encima. ¡Lejos de un alma libre esta conducta! Ni malos tratos ni reproches ni insultos, sino que has de educarla como a un ser de inteligencia inferior.

¿Cómo será esto posible? Si conoce la verdadera riqueza, si conoce la filosofía de lo alto ⁶², no le dirigirá ninguna acusación de este tipo. Que le enseñe que la pobreza no es un mal; que le enseñe no sólo a través de lo que dice, sino también de lo que hace; que le enseñe a despreciar la gloria. Entonces la esposa no dirá ni deseará nada semejante.

Desde aquella tarde en que la reciba en el tálamo como si recibiera una estatua, que le enseñe templanza, moderación, para que viva santamente,

echando abajo, nada más entrar y desde la puerta misma, el amor a las riquezas.

Que la instruya también en filosofía ⁶³ y la exhorta para que no lleve objetos de oro colgando de las orejas, cayéndole por las mejillas y rodeándole el cuello, y no tenga puestos por su habitación ni guardados mantos dorados y suntuosos. Pero que la decoración sea brillante y que el brillo no caiga en insolencia. Antes bien, deja estas cosas a los que trabajan en escena y embellece tu casa con mucho decoro de modo que exhale templanza antes que ningún otro perfume.

En efecto, de aquí derivan dos y aun tres bienes. En primer lugar, la novia no se apenará cuando, disueltos los festejos nupciales, sean también devueltos a sus respectivos dueños los mantos, los objetos de oro y las vajillas de plata. En segundo lugar, el novio no tendrá que preocuparse por la pérdida y la custodia de los objetos prestados. El tercer bien que, a su vez, se añade a éstos es el principal: por este mismo comportamiento, él dará a conocer su manera de sentir, que no se complace con ninguna de estas cosas, que acabará con todas las restantes y que no permitirá nunca que haya ni bailes ni canciones indecentes ⁶⁴.

Sé que a algunos quizá les parezco ridículo dando leyes semejantes ⁶⁵. Pero si me obedecéis, será con el paso del tiempo y según vayáis disfrutando de la ayuda que ofrecen mis consejos, cuando sabréis lo que se gana. La risa se retirará, os burlaréis de las costumbres actuales, veréis que, realmente, lo que ocurre ahora es propio de niños insensatos y de borrachos, mientras que lo que yo aconsejo se refiere a la templanza y la filosofía, a un modo de vida superior ⁶⁶.

¿Qué digo, entonces, que se debe hacer? Todos los cantos desvergonzados, los satánicos, las canciones indecentes, las reuniones de jóvenes licenciosos, elimínalos de la boda. Esta actitud podrá hacer temperante a tu esposa ⁶⁷. En efecto, inmediatamente reflexionará consigo misma: «¡Oh! ¿Qué clase de hombre es éste? Es un filósofo, no da ningún valor a la vida presente, me ha traído a su casa para que le dé hijos y los críe, para que guarde el hogar».

Pero ¿estos pensamientos resultan desagradables a la novia? Hasta que pasa el primer día o el segun-

do, el resto del tiempo ya no, sino que incluso obtendrá un placer grandísimo liberándose de toda sospecha. En efecto, el que no soporta ni las flautas ni los danzarines ni las inflexiones de los cantos, también cuando esto se da con ocasión de la boda, difícilmente tolerará nunca hacer o decir nada vergonzoso.

Después, cuando hayas eliminado de la boda todas estas cosas, toma a tu esposa y fórmala de modo conveniente, dejando que dure mucho tiempo su pudor, sin ponerle fin rápidamente. Porque incluso si la muchacha no es muy vergonzosa, sabe guardar silencio hasta que llega el momento oportuno, azorada frente al hombre y asombrada por la novedad de los acontecimientos.

Así pues, tú no pongas fin rápidamente a este pudor, cosa que hacen los hombres licenciosos, sino deja que se prolongue mucho tiempo. Esto te reportará una enorme ganancia. No te censurará entretanto, no se quejará de tus medidas.

Declaración de intenciones del recién casado

8. Por consiguiente, legisla todo en aquel tiempo en que la vergüenza, como una especie de freno puesto en el alma, no permite quejarse de nada ni censurar los acontecimientos. Porque cuando ella coja confianza, con la mayor impunidad desbarata y revuelve todo.

¿Cuándo, pues, se da otra ocasión tan apropiada para formar a la esposa como lo es aquélla, en el

momento en que se avergüenza frente a su marido, aún tiene miedo y se siente confundida? Entonces has de imponerle todas las leyes y te obedecerá absolutamente, ya sea de grado, ya sea contra su voluntad.

¿Cómo harás para no disipar su vergüenza? Si te muestras tú mismo no menos avergonzado que ella, hablando de pocas cosas y aún de éstas con mucha gravedad y concisión. Proponle entonces hablar de filosofía, que el alma la acoge favorablemente. Ponla en esta hermosísima disposición de ánimo, me refiero a la vergüenza.

Si queréis, os diré también, a modo de ejemplo, de qué hay que hablar con ella. Porque si Pablo no rehusó decir: *No os neguéis el uno al otro* ⁶⁸, y pronunció palabras propias de una madrina de boda, o mejor dicho, no de una madrina de boda, sino de un alma espiritual, mucho menos vamos a rehusar nosotros decirlo ⁶⁹.

Entonces, ¿de qué hay que hablar con ella? Pues hay que decirle con mucha amabilidad: «Nosotros, jovencita, te hemos tomado como compañera de nuestra vida y te hemos traído a casa para que participes con nosotros de lo que es más precioso y necesario: la procreación y el gobierno del hogar. ¿Qué es, entonces, lo que te pedimos?».

O mejor, antes de esto, habla de amor. En efecto, nada contribuye de tal manera a convencer al que escucha para que acoja lo que se dice, como el hecho de saber que se dice con mucho amor. ¿Cómo mostrarás, entonces, el amor? Si dices: «Aun pudiendo tomar a muchas, no sólo más ricas, sino también de ilustre linaje, preferí no hacerlo, sino que me enamoré de ti, de tu manera de ser, de tu decencia, de tu bondad, de tu templanza».

Luego, después de estas palabras, prepara inmediatamente el camino para hablar de filosofía y critica la riqueza dando algún rodeo. Si alargas sin motivo la conversación acerca de la riqueza, serás pesado, pero si lo haces sacando un pretexto, conseguirás todo. Dará la impresión, en efecto, de que consideras el asunto como una justificación, sin parecer un hombre duro, desagradable y mezquino; antes bien, cuando tomes su propio caso como pretexto, incluso se alegrará.

Entonces, le dirás (otra vez, pues es necesario retomar el discurso): «Pudiendo casarme con una mujer rica y con recursos, no me resigné a ello. ¿Por qué? No fue sin motivo ni al azar, sino que he aprendido bien que la riqueza no es una posesión, sino un asunto despreciable propio de ladrones, prostitutas y profanadores de tumbas.

»Es por ello que, dejando de lado estas cosas, me acerqué a la virtud de tu alma, a la que prefiero a todo el oro. En efecto, una muchacha joven, prudente y libre, que, además, cultiva la piedad, vale lo que el orbe entero. Por eso precisamente te tomé afecto y te amo y te antepongo a mi alma.

»Nada vale la vida presente y pido y ruego y hago cualquier cosa para que se nos considere dignos de vivir la vida de ahora de tal manera que podamos estar el uno con el otro también allí, en la futura, gozando de una gran seguridad. En efecto, el tiempo aquí es corto y perecedero, pero si se nos hubiera considerado dignos de pasar así esta vida por ser agradables a Dios, estaremos siempre con Cristo y el uno con el otro en medio de la mayor alegría.

»Yo antepongo tu amor a todo y nada se me hace tan desagradable y odioso como el llegar a desavenirme contigo. Aunque tenga que perderlo todo, volverme más pobre que Iro ⁷⁰, arrostrar extremos peligros, padecer cualquier cosa, todo esto me resultará fácil de sobrellevar y soportable con tal de estar a bien contigo. También desearé niños mientras seas afectuosa con nosotros. Será preciso que también tú obres así».

Añade luego las palabras del Apóstol: «Así quiere Dios que el afecto esté consolidado en nosotros. Escucha la Escritura cuando dice: *Por esto dejará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer*. Que no haya ningún motivo de disensión. ¡Afuera con las riquezas, la muchedumbre de siervos, los honores externos; para mí esto es preferible a todo».

¿Más deseables que cuánto oro, más que cuántos tesoros no serán estas palabras para la esposa? No

temas que tu amada llegue a insolentarse contra ti, sino que has de confesarle que la quieres⁷¹. En efecto, las prostitutas que se unen ahora con éste, ahora con aquél sería natural que se crecieran frente a sus amantes al oír esto. En cambio, una mujer libre y muchacha de buena casa nunca se crecería a causa de estas palabras, sino que incluso se doblega mucho más.

Hazle ver que consideras mucho su compañía y que por ella prefieres estar en casa antes que en el ágora. Anteponla a todos tus amigos y a los hijos que hayas tenido de ella, y a estos mismos ámalos por su causa.

Si hace algo bueno, alábala y admírala; si es algo inconveniente y como se suele dar en la gente joven, aconséjala y hazle advertencias.

Crítica de arriba abajo la riqueza y el lujo, descúbrele el ornamento que procuran la decencia y la reserva, y enséñale continuamente lo que le resulta de provecho.

Comunión de vida y comunidad de bienes

9. Tened oración en común. Que cada uno vaya a la iglesia y, de lo que allí se diga y se lea, que el es-

posó pida cuenta a su mujer en casa y aquélla al marido ⁷².

Si dominara cierta pobreza, saca a relucir a los hombres santos, a Pablo, a Pedro, que gozaron de mayor consideración que todos los monarcas y los ricos, y cómo pasaron la vida con hambre y con sed. Enséñale que nada en la vida es terrible a no ser, sólomente, el ofender a Dios.

Si uno se casa de esta manera, por estos motivos, no será, con mucho, inferior a los monjes, ni el que está casado a los no casados.

Si quieres hacer comidas y celebrar banquetes, que no haya nadie desvergonzado, nadie indecoroso; antes bien, si encontraras a algún santo pobre que pueda bendeciros la casa, que pueda, con poner dentro sus pies, traer toda la bendición de Dios, llámalo ⁷³.

¿Os digo otra cosa? Que ninguno de vosotros se apresure a casarse con una mujer más rica, sino con una más pobre. Y es que ella no traerá con sus riquezas tanto motivo de placer cuanto disgusto con sus reproches, con el reclamar más de lo que trajo,

con sus insolencias, con su despilfarro, con sus palabras groseras⁷⁴.

En efecto, probablemente dirá: «Aún no he gastado nada de lo tuyo; todavía llevo puestas mis cosas, de lo que mis padres me han dado». ¿Qué dices, mujer? ¿Todavía llevas puestas tus cosas? ¿Qué puede haber más penoso que estas palabras? No tienes ya un cuerpo propio, ¿y tienes riquezas propias? No sois ya dos carnes después del matrimonio, sino que os habéis convertido en una sola; y las esencias son dos y no una. ¡Oh, el amor a las riquezas! Ambos os habéis convertido en un solo hombre, en un solo ser vivo, ¿y aún dices: «mis cosas»? Estas palabras malditas e impías las ha introducido el diablo. Todas las cosas más necesarias que ésas las hizo Dios comunes a nosotros, ¿y ésas no son comunes? No se puede decir «mi luz», «mi sol», «mi agua». Todo lo más grande nos es común, ¿y las riquezas no son comunes?

Que perezcan diez mil veces las riquezas, o más bien, no las riquezas, sino las conductas que no saben usar de las riquezas y las anteponen a todo.

Enséñale estas cosas junto con las otras, pero que sea con mucha amabilidad. Porque, en efecto, la propia exhortación a la virtud tiene de por sí un aire muy severo, especialmente en el caso de una muchacha tierna y joven. Cuando se trate de filosofía, discurre con mucha amabilidad y destierra de aquella

alma esto en primer lugar: «lo mío» y «lo tuyo». Si dice: «mis cosas», dile: «¿Cuáles son tus cosas? Porque no lo sé; yo no tengo nada propio. ¿Cómo, entonces, dices “mis cosas”, si todo es tuyo?».

Perdónale estas palabras. ¿No ves que es eso lo que hacemos con los niños pequeños? Cuando uno nos quita algo que tenemos y de nuevo quiere que le demos otra cosa, lo consentimos y decimos: «Sí, esto es tuyo y aquello». Hagamos lo mismo con nuestra esposa porque su entendimiento es más bien infantil. Si dice: «mis cosas», dile: «Todas las cosas son tuyas y también yo soy tuyo». No es lisonja, sino mucha prudencia. Así podrás aflojar su genio y extinguir su desanimo. Es lisonja cuando alguien hace algo innoble con mala intención, esto, en cambio, es la mayor filosofía.

Por tanto, di: «También yo soy tuyo, jovencita. A esto me exhortaba Pablo cuando dijo: *El marido no dispone de su cuerpo, sino la mujer*⁷⁵. Si no tengo poder sobre mi cuerpo, sino tú, con mucha más razón sobre mis riquezas».

La calmaste diciendo esto, apagaste la hoguera, pusiste en vergüenza al diablo, la hiciste más esclava que una comprada con dinero; con estas palabras la ligaste a ti. Así pues, enséñale por lo que tú hablas a no decir nunca «mío» y «tuyo».

Nunca la llares sin más, sino con lisonja, con consideración, con mucho amor. Hónrala y no necesitará la honra que le venga de otros; no necesitará la gloria de otros si disfruta de la que tú le otorgas.

Anteponla a todos por todo: por su belleza, su prudencia, y elógiala. Así la persuadirás para que no se aficione a nadie de fuera y se burle de todos los demás.

Enséñale el temor de Dios; entonces todo fluirá como de una fuente y la casa estará llena de innumerables bienes. Si buscamos lo incorruptible, vendrán también estas cosas corruptibles. *Buscad primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura* ⁷⁶.

¿Cómo hay que pensar que serán los hijos de padres semejantes? ¿Cómo los criados de tales señores? ¿Cómo todos los demás que los traten? ¿No sucederá que también ellos estarán repletos de innumerables bienes? En efecto, de ordinario los esclavos ordenan sus costumbres de acuerdo con sus señores y se hacen semejantes a aquéllos en las pasiones, desean las mismas cosas, hablan de lo que les hayan enseñado, viven juntos en iguales condiciones.

Si nos educamos a nosotros mismos de esta manera y prestamos atención a las Escrituras, aprenderemos de ellas la mayor parte de las cosas. Así podremos agradar a Dios, pasar toda la vida presente en medio de la virtud y alcanzar los bienes prometidos a quienes lo aman. De éstos ojalá se nos considere a todos dignos por la gracia y la benevolencia de nuestro Señor Jesucristo.